

pidas corrientes bañan el reino de Hungría, y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantino-pla), desembarqué en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mí; y antes de descansar ni tomar posada, fuí á visitar las cesáreas majestades, teniendo órden del mismo Emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase á su alteza serenísima el infante Cardenal, por el gran sentimiento que hacia cuando lo oía nombrar la cesárea majestad de la Emperatriz, su hermana. Holgáronse de verme y de oírme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcación, fuí á besar la mano al marqués de Castel Rodrigo, que estaba por embajador ordinario de la católica y real majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces; el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de su excelencia.

Estuve algunos días hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinita del gracejo, que no trocara mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial para venir á Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí á recibir al camino; y echándome á sus piés, le pedí perdon de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa haber quedado enfermo á su partida y el haber entrado á servir un bisnieto de Carlos V, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba indigno de recibir en su servicio á quien había tenido por dueño un tan gran príncipe. Entró su excelencia en la corte, y así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes á la boecólica, y que yo los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no solo tomando el mando, sino el palo, que así lo hacen los que no han sido nada y llegan á verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potajería, y los metí de tal manera en pretina, que decían que me había dado mi amo el pié, y me había tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor, los unos porque les quitaba el mando, y los otros porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado, á quien no le había tocado la residencia, todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentecilla,  
Deten el paso y advierte, etc.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de éste fué mi amo á gobernar las armas imperiales, por muerte del general Francisco Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos; porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso mostrándose liberal conmigo, que de mas de un millon de arrobos que había bebido, le pagase una sola gota de pensión, porque también ella reparte en la jurisdicción

de los cuerpos sus millones y alcabalas, y algo se me había de pegar á mí de andar entre príncipes y señores. Apenas había mi amo salido de casa, cuando se conjuraron contra mí todos los criados de ella, por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente á mi oficio. Llegó á tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiéndome un día sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero, y echándome como á Luzbel de la silla abajo, enarboló en lugar de espada un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que á no ser de llano, me dejaba para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no había usado de mi comision, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó á besar dos ó tres veces la tierra sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al son del paloteado, y despues de haberse holgado infinito de verme aporreado y tendido en el duro suelo, dándoles á todos razon y á mí baldones, me puso de piés en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino á la memoria aquel sentencioso adagio de que en furia del conde no mates al hombre. Yo, temiendo que pluvia que había empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo mas que pude, tomé la posta y me fuí á buscar á mi amo, al cual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una villa llamada Helbruna, adonde le dí mis quejas, y criminé lo que habían hecho en mí contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced y me prometió dejar vengado, al cabo de la jornada se quedaron todos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó á aquella villa con su armada el archiduque Leopoldo, y juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dió su excelencia un grandioso banquete al Archiduque y todos los cabos de la armada, por agasajarlos; y porque corriese parejas su valor con su grandeza, bebióse en él á lo alemán, pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro día muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el cual nos tenía sitiada una plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolución que llevaban el Archiduque y mi amo de socorrerla, aunque se arriesgase de perder la armada, no osando atender á tan valiente determinación, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa, llamada Nais, que está á cuatro leguas de Brique, despues de haberla puesto fuego por cuatro partes, sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el Archiduque de mi amo lo diligente que yo era y la confianza que en diferentes ocasiones se había hecho de mí, y la merced que me hacia su alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que haciendo

oficio de correo llevase estas buenas nuevas á sus cesáreas majestades. Llegué á Viena á toda diligencia, y apeándome en el patio del palacio imperial, dí el despacho al conde Buchaim, que hacia oficio de camareero mayor, queriendo mas usar de las obligaciones de correo que de las preeminencias de gentilhombre entendido. Regaláronme todos los señores de palacio y criados de importancia, porque demás de mi buen humor, servia de correo de buenas nuevas. Mandóme dar su majestad cesárea una cadena de oro de harto precio y que se me despachase con nuevos pliegos á la armada, adonde volví con mucha brevedad, y serví en ella toda la campaña el oficio de correo, advirtiendo al postillon que corriese estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de armada ó ejército, que en Alemania se apellida de este modo, y que cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza.

Situamos una villa llamada Glogau, que está en el fin de la Silesia y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy á menudo las trincheras; y por probar mi valor, aunque ya tenía harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, mas forzado que de voluntad, diciéndome que me quería hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable, si no es quitándome el pellejo como á culebra y volviéndome á hacer de nuevo. Esguazamos una ribera, llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de balas sin confitar y de peladillas amargas. Yo, empezando por el credo y acabando en los artículos, le dije á mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase á mí ir á nuestro cuartel y que trajese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que había de ganar en aquella acción. El me respondió que de aquella suerte ganaría opinion y me haria memorable, que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué: Certifico á vuestra excelencia que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos. Apenas acababa de pronunciar estas últimas razones, cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que á bajar la puntería nos llevaba á los dos de bola ó á uno de calles; y aunque no mostré flaqueza por estar mi amo delante, cuando vi que poco distante de nosotros hizo á un soldado volatin de Carnaval, dándole remate de vida, no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesion y gustando mas que dijese, «aquí huyó», que no «aquí cayó», me afufé con tal douaire, que parecía el suelto caballo á quien movian tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y menos de aliento; subí al pajar, y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dije un paje que me había puesto en la pajada á madurar como nispero. Mandóme bajar, y llegando á su vista, no limpio de polvo y paja, me dijo: Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde que me ha-

beis dejado, y á vista de una armada habeis vuelto las espaldas y puéstoos en huida? Yo le respondí: Señor, ¿quién le ha dicho á vuestra excelencia que yo soy valiente, ó en qué ocasion no lo he hecho mucho peor que hoy? Si vuestra excelencia me envió á llamar á Flándes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas. Obligóle la respuesta á convertir su enojo en placer y á disculparme de lo sucedido.

#### CAPITULO X.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Leipsic, que dieron los imperiales á los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flándes, y despues al imperio.

Al cabo de ocho dias y habiéndome retirado de la plaza por venir el enemigo con gran poder, su alteza el Archiduque me despachó á Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el Rey y el otro para la Reina, su hermana. Tomé la posta, llevando de compañía un ayuda de cámara del gran duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel estado; el cual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viaje. Llegamos á la corte de Polonia, adonde se apartó de mí á dar su embajada; y yo, anticipándome con la mia, me fuí al palacio real, y dí el pliego en mano propia á su majestad; el cual, como no me conocia ni tenía aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuese á descansar, que él tenía particular cuidado de despacharme. Fuí al cuarto de la Reina, di el pliego del Archiduque, su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesías ó por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme á descansar, me mandó regalar y que cuidasen del señor embajador. Dió aviso de ello á su majestad, el cual se holgó mucho, celebrando la gravedad y tesura con que le había dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dándome trescientos ducados para guantes; y enviándole la Reina á su hermano, entre las demás cartas, una en que le encargaba que si acaso me despachase á los Países-Bajos, me diese comision de traerle unas puntas y una muñeca vestida al traje francés, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir á uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado y no á su gusto.

Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Hungría; y habiendo llegado á la corte imperial, el señor marqués de Castel Rodrigo, embajador ordinario del rey Católico, me dió otro pliego de cartas para la armada; y partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el reino de Bohemia, y pasando por Praga, llegué á Dresde, corte del duque de Sajonia. Allí tomé lengua de la armada, y me dijeron que marchaba la vuelta de Leipsic en seguimiento de

la sueca. Yo me di tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que á las veinte y cuatro horas, una legua de Leipsic, descubrí á las dos armadas puestas en batalla campal y dándose muchos bodocazos y cuchilladas. Aquí fué adonde el señor correo perdió todo el brio y quedó mas cortado que una cernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas y cajas, quería embestir con los batallones; y yo, atemorizado de oír una fragua de Vulcano y de ver desatadas todas las furias del averno, quería ponerme en huida. En efecto, estábamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocín. Temía por una parte el perder los pliegos por venir sin postillon, y por otras dos mil el perder las ganas del comer y arriesgar el caballo, que me habia costado muy buen dinero. Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artillería y mosquetería, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados húngaros y frisones, que no me daban lugar á ver quién llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si pasaria adelante ó volveria atrás, porque la gran turbacion que tenia no me daba lugar á determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco, sabe Dios con cuánto sobresalto, llegó á mí un batallon de los nuestros diciendo que perdiamos la batalla por falta de la caballería del cuerno izquierdo, y preguntándome, pues era correo, si sabia algun buen camino donde poder salvarse, le respondí que dejasen aquel cuidado á mi cargo y que me siguiesen; y con mas miedo que todos ellos, los alejé de la tremenda palestra de tal manera, que á la noche los acuartelé en un villaje á veinte leguas de ella; porque si yo fuera tan diestro en los alcances como en las huidas, ya estuviera escabechado á pocos laureles. No fueron tan pocos los que me siguieron que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería.

Llegamos á puerto salvo, despues de pasar la borrasca, por hallar en el villaje una infinidad de vivanderos, que iban á nuestra armada cargados de bastimentos ignorando el siniestro suceso; y habiéndonos juntado todos á consejo de guerra para darles un Santiago, y no de azabache, me enviaron á que sirviese de espía de los pobres demonios para reconocer la cantidad que habia y si estaban alerta. Volví al cabo de un cuarto de hora, y disminuyendo el campo contrario y animando el mio á la empresa, cerró con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado, con harto menos peligro, y con mucho mas provecho. En efecto, entraron los amigos á saco; era un confuso laberinto oír en el peso de la oscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados bauls, las embestidas á los sacos del pan, los asaltos á las botas del vino, y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad ni misericordia, porque como tienen á los vivanderos en opinion que los roban y que se llevan todo el dinero de la armada, se habian revestido de Nerones. Yo quise tambien probar la mano y ganar algunos despojos, pues habia

sido guia de los vencedores y espía contra los vencidos, y dejando á guardar mi caballo á un soldado que se me habia dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevándola debajo del brazo izquierdo, metí mano á la espada, y cerré con el escuadron de carros á tiempo que estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancía mas que lágrimas y terniezas de sus dueños, por lo cual fué fuerza retirarme sin caballo. Y volviendo en busca del mio, hallé que el soldado á quien se lo habia entregado se habia acogido con él, de manera que me quedé sin el uno y sin el otro, por ser disparate dejar lo cierto por lo dudoso; de forma que entre tanto despojador vine yo solo á ser el despojado, quizá por lo que habia tenido de vivandero.

Venida la mañana, marché á pié cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas tropas, y encontrando con un coronel, me preguntó que cómo caminaba á pié. Yo le respondí que en la batalla me habia llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los piés. Díjome: Por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte á tí, y que lo puedes atribuir á milagro, y ser buen cristiano de aquí adelante. Marché poco á poco, hecho correo de á pié, hasta llegar á la corte de Praga, adonde hallé á su alteza el archiduque Leopoldo y á mi amo, que estaban recogiendo la gente que se habia escapado de la pasada refriega. Preguntóme su alteza cómo me habia ido en Polonia. Y yo le encarecí las mercedes que en ella habia recibido; y deseando saber la causa de mi venida á pié, le satisfice con decir que habia llegado á la armada al tiempo de la batalla, y que animándome de ver á su alteza opuesto á los peligros, empecé á escaramuzar con las tropas enemigas, adonde me dí á conocer bien á costa de mi sangre; pero que habiéndome sido forzoso el retirarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fué fuerza el dejarlo y venir á pié. Dió crédito á todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de haber salvado los pliegos y traídos á cuestas, me mandó dar para montarme. Fui á ver á mi amo, y contéle lo mismo, aunque, como me conocia, no pude, como con los demás, acreditarle de valiente. Envióme otro día su alteza con un despacho á Viena para su majestad cesárea, y con otros para los estados de Flándes, dándome trescientos escudos para el camino. Fuíme á despedir de mi amo, el cual me dió otro pliego para don Francisco de Melo. Llegué por la posta á Viena, di los pliegos y otros que asimismo traia á la majestad cesárea de la Emperatriz y al marqués de Castel Rodrigo. Allí conté maravillas de la batalla y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho mas con ellas que no gané en Yelves á coger aceitunas. Y habiéndome despachado, me volví á empostillar, y dándome unas pocas de alas el rapaz virotero, resucitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho días á Brusélas, adonde, despues de haber dado mis despachos y hacer mis em-

bajadas, me salí á pasear y á ver la tía de mi cuidado, la cual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentándose de la desconsolada vida que habia pasado aquel enjaulado serafín. Limpiéle las lágrimas con unas doblas que le di, iris de tales tempestades, para que la sacase de empeño y la trajese á casa. Partió como una saeta; y yo quedé lastimado de su relacion, aguardando el retrato de una penitente egipciaca. Mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, palida como un madroño, flaca como una trucha, y con mas papada que un canónigo. Por estas señas conocí lo que habia sentido mi ausencia. Abrazóme tierna y estrechamente, y yo la di los brazos sospechoso y desengañado, y mas cuando vi unos asomos de lágrimas en sus neutrales ojos, que debian de ser por la reclusion pasada ó por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel dia con gusto; mas no tanto que no dejamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trescientas, por ocasion de que por regalarla gastaba lo que tenia y lo que buscaba, y ella, por verme tan liberal, lo era tambien conmigo en darme lo que le pedia, que eran celos y mas celos.

Volví á hacer una visita general á todos los señores de esta corte, guiándome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido corsario en seguir aquellos ruabos, no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad y ofrecerme de nuevo sus casas con amor; que á quien esto no obliga, ó se precia de muy caballero, ó de gran tirano. Visitábanme los amigos que me querian pedir, y pegábanseme los brazos que me intentaban estafar. Mi dama, por desquitar algo del encarcamiento pasado, volvió á hacer de las suyas, y dándoles á todos piques de esperanzas, me daba á mí repiques de celos y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos y de sacar un fuego con otro fuego; para lo cual, habiéndome acariciado otra dama tan buena como ella y de no menos servicios y virtudes, y que basta, para decir qué tal era, que ella me hubiese acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala eleccion que habia hecho, la convidé á merendar fuera de los muros, y por parecer hombre de mi palabra, otro dia la envié á advertir por la puerta que habia de salir y en el puesto que habia de esperar, y á la hora que habia de ser. Llegado el plazo, me presenté al desafío campal, llevando por armas un gran jarro de vino y ciertos sazónados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda á mi querida prenda y una conocida suya. Al tiempo que llegamos adonde la otra dama me estaba aguardando, me adelanté un poco, despues de haberla abrazado á letra vista, la di á entender que las dos que venian en mi seguimiento eran criadas mias, y señalando la hostería donde habia de entrar, volví á retaguardia, y le hice creer á la señora mi moza ser áquella una persona de merecimiento y á quien yo tenia muchas obligacio-

nes, y que la habia convidado por haberla hallado en aquel puesto. Entramos en la hostería, y llamando al patron, le pregunté que si sabia hacer una ensalada con los tres artículos pertenecientes para salir perfecta. El me respondió que si no fuera muy buena la que él me daria, que no le pagase nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla, y poniéndome yo y mi nueva pretensora en cabecera de ella, la empecé á brindar á lo flamenco, y á dar paz á lo francés, y á hacerle plato á lo español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca, y vertia ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimacion que de ella hacia en presencia de tanta gente; y lo mas que le llegaba al corazon era el ver que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa y le hacia que escanciase la bebida. Al fin, pagando agravios de celos con venganzas de lo mismo, dimos fin á la obra, y principio á la cuenta del gasto que habia hecho el patron; el cual, ajustando su conciencia, me pidió un patacon de pan, cerveza y ensalada y de la buena pro. Yo, tomando de la mano á quien me habia servido de novia en la mesa, me iba diciendo no era obligado á pagar lo que me pedia, por no haber sido la ensalada de mi gusto.

El patron me impidió el paso, pidiéndome el escote; por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiesen que por miserable no le pagaba ó por no tener con qué, me encaré con él y le pregunté que si acaso se acordaba de que me habia dicho que si no fuera buena la ensalada, que él me daba por libre del gasto que hiciese. Confesó ser así, y que no solamente no podia estar mas bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí: Pues tan gran maestro sois en esa profesion, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar á hacerla apetitosa y sin ninguna falta? Repliquéme que él no sabia mas propiedad que de cobrar su dinero, ni mas faltas de que nadie le hiciese con él en irsele con su sudor. Díjele muy puesto en cólera: Pues para que veais que sois un lego y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada ha de ser justo, liberal y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceite, y miserable en la sal; y pues vivís de presumido, teniendo tanto de ignorante, porque no presumen los que nos están mirando que lo hago por no pagaros, ni vos os alabeis que no habeis cumplido lo que me prometisteis, veis aquí el real de á ocho que pedís. Y diciendo esto, lo saqué con un puño de ellos de la faltriguera, y arrojándole con mucha fuerza á unos convecinos jardines, le dije: De esta suerte se parte la diferencia y quedamos ambos pagados; y otro dia sed mas avisado conmigo, y seré yo mas generoso con vos. Celebrando el cuento y accion los mirones, y el hostelero avergonzado, bajó la cabeza y volvió las espaldas; pero yo, por andar mas galante á vista de mi

moderno galanteo, saqué otro real de á ocho, y llamando al que partía desconsolado, le dije: Ahora que os halláis convencido y no pedís nada, veis ahí lo que pretendíais, y arrojádoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé á la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré á la mía, á la cual sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar á verse en otro acto semejante, dió en mostráseme mas apacible y en darme menos enojos, porque para el veneno y letargo de celos, esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la condesa de Ulst, á pedimiento de mi amo y por agrandar á la reina de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida á lo francés, que había hecho traer de París. Compré cantidad de puntas de las mejores y mas finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me había mandado el archiduque Leopoldo, y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña, salió don Francisco de Melo, como su general, á visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, ó presumido que yo era algun gran ingeniero, ó teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuimos recorriendo todas las plazas, y llegando á la de Lila, me despachó como á correo para Alemania, con pliegos para el señor marqués de Castel Rodrigo. Di la vuelta á Brusélas, y por tener ya mas satisfacción de mi dama, la dejé en casa de un mercader, que á saber la buena mercancía que le dejaba, estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejéle pagado algunos meses adelantados y todos los vestidos y galas que yo mas estimaba, por ser dádivas de su alteza; y despues de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude y despedidome de mi infanta Palaucona y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé á desmoler lo que había comido, á sudar lo que había colado, y á trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la corte. Partí de Brusélas en el mes que los enamorados sirven á sus amores; y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blanco de los despeñados arroyuelos y el gorjear de las sonoras aves, llegué á Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de éntrome acá que llueve y hace un sol que rabia, me entraba en el imperial palacio, y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando launces en vacío, y otras hinchendo la red, tomaba del pecador como venia, y solo sentia á par de muerte unos pegatostes, que como emplastros de resfriado se pegan á los poderosos, y pensando que lo que me daban á mí les había de hacer falta á ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en *albis*, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballeros Lanzarotes, ya que no gozáis de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no lo gana un poderoso con henchiros á vosotros

las balijas, ni á sus criados los jergones, ni con transformarse en primaveras de galas; pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliozábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser gloton; y el que da imita á Dios, que siempre nos está dando á manos llenas infinitades de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbre y sobresaltos.

Despues de haber hecho mi ronda, di en querer probar la ventura y en jugar con todos los títulos y coronales, como si yo lo fuera ó gozara de sus rentas; y unas veces por venir la mia detrás, y otras por entrarle á treinta y nueve el as, me dejaron á oscuras de lo que había ganado en todas mis correrías y de las mercedes que me habían hecho en aquella corte, y de las mercancías que yo había vendido en ella; porque á tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viaje que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volumen y de mucho valor, y de aquello que carecia en el reino adonde llevaba los despachos; pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos, Domine*, me vine á hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que había hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el diablo. Pero por no dar un buen día á las corrientes de Flegetonte ni venganza á mis competidores, valiéndome de unas resultas que me habían quedado, tomé la posta para ir á la villa de Pasan, junto del Danubio, corte del archiduque Leopoldo. Pero apenas había corrido media legua, cuando pasando por un ameno jardin, que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y unas damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apeaar á tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete; y yo, por ser rogado y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos y con vinos diferentes; pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos á uno era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el postillon que llevaba por guia quedó de tal forma, que no le pudiera guiar á él un ejército entero; y creo que á ser convidados los caballos, pasaran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos á un mismo tiempo, comimos y bebimos á un mismo tiempo, y caimos á un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, segun supe despues, para ver si nos podian volver en sí; pero advirtiéndome que era cosa irremediable, nos mandaron llevar á una pradería, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas, y echándonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, despues de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos,

se volvieron todos aquellos señores y damas á la corte, dejándome encomendado al jardinero para que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas.

Quiso mi ventura que otro dia de mañana acertase á pasar uno de los caballos nuestros tan cerca de su dueño, que le puso pié con pata y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga á volver á este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse á levantar, desde adonde, no costándole poco trabajo, me despertó. Sentéme tambien á su lado, tan atolondrado como él y tan fuera de mí, que no reconocia en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon que cuántas postas habíamos corrido, y respondiéndome que á su parecer mas de doscientas, segun se sentia de molido y cansado. Puséme en pié, sirviéndome de bordon la cola de uno de los dos caballos, el cual, por no ser casado, tuvo ánimo de al son de un medio relincho darme dos pares de zapatadas, con que dió conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta, con que me dejó hecho estatua de Baco en jardin de Flora. Y columbrando por sus verdes celosias que el jardinero venia hácia la parte adonde estábamos, olvidado del dolor é imaginando que estábamos en camino real, y que él era pasajero que venia por él, le pregunté que cuántas jornadas había desde allí á la corte de Viena. Él, riéndose de la pregunta y ayudándose á salir de mi capilla, me volvió la cara á la parte del mediodía y me dijo: ¿Ve allí vuesa merced la torre de la iglesia mayor de la corte por quien pregunta? Por el distrito que hay de aquí allá puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme mas atónito de lo que estaba, por ver el poco viaje que había hecho, pensando, segun me había dicho el camarada, que estaba á vista de la villa adonde iba. Dile priesa al postillon á embridar los caballos; el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponía en las colas, lo de adentro afuera, y lo de arriba abajo; y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colación que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan á lo que el hombre no piensa, lo puso á punto de levo, y nos ayudó á montar en ellos, que entiendo que no le costó poca fatiga, segun estábamos de pesados. Abriónos la puerta del jardin, adonde se empezó á santiguar mi católico postillon, y picando trasero y amorrando á la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en seguimiento. El jardinero, como sabia que no era aquel el viaje que yo hacia, nos empezó á dar voces diciéndonos que nos volvíamos á la corte. Yo, con darle al postillon mas holas que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era darlas al aire, por lo cual, apretando las espuelas á mi descansado rocín, pasé delante de él, y habiéndolo detenido y enseñándole las torres y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir á que iba errado. En efecto, reduciendo al caballo antes que á él, empezamos á hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho á los piés de su

alteza, el cual se holgó de verme, y mucho mas cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que había mandado traer de Flándes, y pagándome diez doblado de la costa que me habían tenido, dentro de ocho dias me despachó á toda diligencia, con aquel presente y despachos, á la Reina su hermana, á Varsovia, corte de Polonia.

## CAPITULO XI.

En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia, el desafio que tuvo con un estudiante polaco, la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitán alemán, y los viajes que hizo á Roma y Nápoles hasta llegar á España.

Despues de haber corrido muchas postas y pasado malos dias y peores noches, por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué á Polonia, y di mis pliegos y regalos á su majestad real, siendo embajador sin título y grande sin señorío. Tratóme, al fin, como reina, porque siempre he hallado mas afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados que se bautizaron en su alteza, y se confirmaron y añadieron un don en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron á ejercer. Todos los señores polacos, por respeto de la merced que su majestad me hacia, me cargaban de dádivas y me henchian de vino, y me trataban de señoría, con lo cual me hallaba mas hueco que un regilón de aldea. Ayudóme bravamente el saber la lengua latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran oscuridad de su lenguaje y porque ellos no saben de la nuestra sino el dar señoría á uso de Italia, por haber en aquellos países muchos mercaderes italianos. Partieron sus majestades á su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de asistir en él un año, y dos en Polonia. Es este estado un país muy frísimo y de muchos y muy grandes y espesos bosques, particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el cual su majestad mató en solo un dia seis toros salvajes, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan bárbaros, que cada uno de ellos podia prestar barbas á media docena de capones. En cualquiera parte que sus majestades hacian noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banqueteaba al uso polaco, con tal grandeza, que á mí me causaba admiracion, y me parecia cosa imposible que hubiese tierra que produjese tantos regalos, ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad.

Dióle á su majestad deseo de ir á caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando á un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte á ocho; y entiendo que á querer darse diligencia, pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuántas racionales hay mayores que estas y con mayores uñas y mas virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande á caza de ellas. Yo pienso que me preservé